Año 1 Nº 2 | Agosto 1948 | Precio $ 1.00

Dibujo - PICASSO

ESPAÑA 1936

. . . Son cada vez más grandes las cadenas,
son cada vez más grandes las serpientes,
más grande y más cruel su poderío,
más grandes sus anillos envolventes,
más grande el corazón, más grande el mío.

Miguel Hernández

ESPAÑA 1948

SUMARIO:

España 1936-1948 ..... Miguel HERNANDEZ
Cine: La Bella y la Bestia ..... Arturo SOUTO A.
Metamórfosis ..... Eduardo UGARTE
Nostalgia ..... Luis RIUS AZCOITIA
El Poseso ..... Jesús BUGEDA
El Renacer ..... Alberto OLIART
Dos Poemas .....
El Mar ..... A. GIRONELLA
Nosotros y los Demás ..... Manuel DURAN

Ilustraciones de Ramón GAYA, Alberto GIRONELLA, Carlos MARICHAL y Arturo SOUTO.

Las Resultas - GOYA

LA BELLA Y LA BESTIA

por

Arturo SOUTO

Sobre el tapete se encuentra hoy día la discusión concerniente al valor artístico del cine. Unos aseguran que dicho valor es una cosa ya cierta; otros, en cambio, niegan lo anterior, respondiendo que aún hay que esperar. ¿Esperar a qué? Si se trata de esperar un mayor desarrollo, una evolución, bien va, mas si se trata sencillamente de aguardar hasta que llegue el día en que pueda decirse que el cine es un arte, es inútil la espera. El cine es un arte hoy, ahora.

No solo voy a limitarme a considerar el cine como arte, sino que creo firmemente en el desplazamiento del teatro por el primero. En los cortos años de vida que tiene la cinta de celuloide, ya se ha desalojado prácticamente el invento griego. El cine no carece de nada que pueda encontrarse en escena y, por otra parte, ofrece posibilidades casi ilimitadas.

En la cinematografía se sintetizan tres factores fundamentales: la fotografía, el argumento, la actuación.

Un buen fotógrafo, con sus ángulos, su juego de luz y sombra, es un artista. He ahí como ejemplo las imágenes frente al mar de mujeres en rebozos blancos de Figueroa en "La Perla".

El argumento casi no da lugar a discusión. Mientras haya buena literatura, existirán guiones dignos de llamarse obras de arte.

La actuación no dista mucho de la teatral. Tiene sin embargo, una ventaja sobre esta última: mayor naturalidad y un refinamiento, logrado gracias a repeticiones interminables de escenas, que permite dejar las cosas acabadas, sin posible falla posterior.

Envuelven a los anteriores factores, creando la atmósfera buscada, la música, la escenografía, y demás complementos artísticos.

Tiene además el cine, un campo gigantesco que se proyecta lo mismo hacia el exterior, que al interior. Se reproducen batallas navales o cargas de caballería, abarcando terrenos enormes; de igual manera, puede la cámara profundizar hasta los mismos poros de un personaje, hasta captar la mínima contracción de sus músculos faciales. Esto queda vedado para el teatro. Se reducirá siempre a sus límites estrictos, marcados de antemano.

Como argumento desfavorable para el cine, se esgrime su comercialización. Cierto. Está mercantilizado, pero eso no quiere decir nada. Cuando un productor quiera hacer una obra de arte, cuando quiera filmar para minorías, puede hacerlo, siempre y cuando que sea tan desinteresado como para gastarse el dinero, sin exigir compensación material.

Si el teatro da la sensación de la realidad, con mayor fuerza, y aunque sea paradoja, lo hace el cine. Cuando yo veo una buena película, tengo los sentidos y el pensamiento completamente sumergidos en la pantalla. Sin embargo, en el teatro, por excelente que sea la obra representada, no puedo menos de admirar la magnífica nariz del vecino, que me inquieta por un costado.

No solo aventaja el cine al teatro en posibilidades puramente espaciales, sino que brinda, también, la realización de cosas irrealizables. Irrumpe en el campo del sueño, de la alucinación, de la fantasía, con gran facilidad. Puede jugar, a su antojo, con brujas, fantasmas o centauros.

Y es ahora cuando me acuerdo de la cinta francesa, recientemente estrenada, "La Bella y la Bestia".

Yo creo que este cine, llamado poético, está todavía en vías de experimentación. Se han hecho pocas obras de esta clase. En seguida puede notarse que son algo así como exploradores, vanguardia experimental que otea nuevos horizontes y se debate aún entre imperfecciones que, comparadas con la finalidad y las posibilidades, no son nada en realidad.

Jean Cocteau, escritor vanguardista, literato omnívoro que ha comido de todo y se ha metido en todo, produce ahora "La Bella y la Bestia".

Esta película merece estruendosos aplausos por su alto objetivo. Su realización es buena. La finalidad que persigue es sencilla y no fácil: sugerir por medio de la imagen fotográfica.

El argumento, como ya advierte Cocteau, es un cuento de hadas. Un cuento de hadas que tiene un poquito de muchos: La Cenicienta, Blanca Nieves y ese otro en el que una rana resulta ser un príncipe encantado, son las tres musas principales.

Cocteau reforma la versión original, de una escritora francesa pretérita, buscando un diálogo apropiado. Esto se logra e incluso pueden advertirse ciertos destellos muy débiles de filosofía, como cuando el amigo le pregunta al hermano de la Bella:

—¿Tienes miedo?

—No. ¡Reflexiono!

—¡Es lo mismo!

El cuento posée, como todos los de esa época, una moraleja que, por evidente y antigua, se omite. Un espectador inocento, sin embargo, podría deducir cosas raras de las últimas reacciones de la Bella hacia "su Bestia". Sin embargo, estas son cosas muy personales, probablemente erróneas o mal interpretadas.

La actuación es bastante aceptable. La Bella es una actriz que no puede obtener mayor lucimiento en su papel. Sobre su estética, no hay nada que decir en contra, excepto el hecho de que no aparenta ser tan joven como yo quisiera para un cuento de hadas. La Bestia, con su magnífica máscara felina, bien dirigida, hace muy bien su papel de bestia, pero Jean Marais falla en grande —y con perdón de Cocteau— al revelarse tal y como es. Al natural, es terriblemente cursi. Los demás actores no actúan mal. Quizá las hermanas egoistas exageren demasiado su vanidad. El papel más natural es el del hermano de la Bella, que hace algo así como de tonto del pueblo.

Lo esencial en la realización de Cocteau es la fotografía, o mejor dicho, las imágenes fotográficas. Esto es magistral. Se demuestra que sí se puede hacer buen cine poético.

Las composiciones, el claroscuro, los planos, en todo ello se advierte la mano del artista. La única parte en la que Cocteau no resiste ya más y tiene que hacer algo surrealista, es en el truco de los candelabros sostenidos por brazos humanos, que van encendiéndose uno a uno, envueltos en una magnífica atmósfera de contraste. También la mano solitaria que se encarga de escanciar, etc., en la mesa, pertenece a la escuela del automatismo psíquico puro, aunque no resulta ya tan original como sus anteriores hermanas.

Técnicamente, la fotografía de "La Bella y la Bestia" posée esa irisación aterciopelada de los contornos, característica del cine europeo —no sé si por defecto o propósito—, que impresiona agradablemente, envolviendo a las cosas y a los seres en una atmósfera suave, de nostálgica niebla. Falla, sin embargo, en algunas escenas, donde la sombra y la penumbra crean confusión.

Ha habido, últimamente, entre dos críticos, una pequeña discusión sobre el ritmo de esta película. Para uno, resulta lenta; para otro, debe ser lenta. Me inclino por esta última opinión, basada en un argumento pausible.

Concluyendo, "La Bella y la Bestia" es una película verdaderamente artística, buena. Pero si la crítica se torna dura, podría afirmarse que Cocteau ha forjado una magnífica teoría y que, al practicarla, no alcanza a llenar las anchas medidas primitivas. Es cine poético y, como tal, hay que catalogarlo en el archivo de los experimentos, no de las obras completas, acabadas.

Es verdaderamente halagueño el porvenir del cine. Y Cocteau, olvidándose un poco de los llamados "realismos" —en "La Bella y la Bestia" no se vislumbran medias de rejilla y los únicos cuernos que recuerdo son los de un ciervo en piedra— dará, junto con otros ya existentes y por venir, esa nota estética, fina, que parecía faltar.

A. S. A.

DIRECTORIO

CLAVILEÑO

Publicación mensual.

Registro pendiente.

Director:

Luis Rius Azcoitia

Redactores:

Jesús Bugeda Lanzas; Inocencio Burgos; Alberto Girenella; Manuel Durán Gili; Enrique Echeverría; Juan Espinas Closas; Horacio López Suárez; Alberto Oliart; Rafael Segovia Canosa; Arturo Souto Alabarce y Eduardo Ugarte Arniches.

Redacción:

Paseo de la Reforma 35 dep. 102.

México, D. F.

METAMORFOSIS

por
Eduardo UGARTE ARNICHES

●

EL Sr. Gómez se despertó esa mañana, como todas las anteriores desde hacía varios años, al sentir el desagradable contacto de la lengua de Ursula, un perrazo que saltó de la cama aullando lastimeramente, al recibir un golpe, propinado con toda la fuerza que fué capaz de reunir su amo. Este, miró através de sus ojos todavía empañados por el sueño, hacia el horrible despertador que marcaba exactamente, en esos momentos, las siete y media de la mañana. ¡Maldita perra! —Pensó—, ¡siempre puntual! Y después de dudar un instante entre volver a dormirse o levantarse de una vez, optó por lo último haciendo una mueca de infinito fastidio. Había llegado a fastidiarle todo, absolutamente todo. Le fastidiaba su vida de oficinista, igual hoy que hacía cinco años, le aburría sus libros, sucios y mal dispuestos en un librero, le fastidiaba el cuarto donde su celibato se le hacía cada día más difícil de soportar; la dueña de la casa, la cama de bolas y de muelles que rechinaban, todo, todo le fastidiaba. Hasta Ursula había llegado a fastidiarle. La vida del Sr. Gómez se había convertido en un aburrimiento rutinario y sistemático.

Por fin se levantó y pensativamente, se puso a buscar sus pantuflas, de las que por cierto, no encontró más que una. Con desgana, recogió de una silla una toalla no muy limpia y se dirigió hacia el cuarto de baño tiritando al sentir la proximidad del agua helada de la regadera. Niño mimado en su juventud, se le hacía muy difícil acostumbrarse a ciertos detalles de su actual vida de hombre solo. Una de las cosas que más le molestaba era el tener que bañarse todos los días con un agua que la dueña de la casa no se preocupaba, en calentar, lo más mínimo. "¡No me baño y ya!" pensó retadoramente y aceleró el paso.

Lentamente, se puso a preparar los avíos de afeitarse. Mojó y enjabonó la brocha y empezó a quitar de la maquinilla, la gillette usada, con la que por cierto se cortó en su dedo. Varias gotas de sangre mancharon el esmalte blanco del lavabo. El Sr. Gómez hubiera querido tener a flor de labios en ese momento, alguna terrible maldición, pero al no recordar ninguna, se limitó a arrojar la hoja por la ventana con un gesto de indiferencia.

Brocha en mano, se colocó frente al espejo y miró su imagen reflejada.

¿Habrá habido alguna vez alguien más sorprendido, confuso y aterrorizado que el Sr. Gómez en aquel momento? Sus ojos se abrieron hasta quedar redondos, la brocha cayó de su mano y su corazón dejó de latir por varias eternidades. Instintivamente, dió un salto hacia atrás; se tapó la cara con las manos y un sordo rugido de terror escapó de su pecho.

¡Una cara extraña le había mirado a través del espejo! ¡Una cara desconocida pero que sin embargo, ocupaba el lugar donde debía estar su propia imagen! Reaccionando violentamente, con el espanto pintado en los ojos, se atrevió a levantar la vista. La cara extraña volvió a mirarle con una expresión tan aterrada como la suya. No cabía duda. ¡era él!

Anonadado, se apoyó en la pared. Por un momento no pudo pensar en nada fijo, y su cerebro, con una rapidez vertiginosa, trató por todos los medios, de hacer lógico el fenómeno. En una milésima de segundo, fueron planteados y desechados por la mente centenares de hipótesis. Por fin, una reacción más poderosa, le hizo ponerse de nuevo con rabia, frente a esa imagen que continuaba siendo la misma. Por algún fenómeno extraño, sus nervios se calmaron súbitamente y entonces, pudo dedicarse a un examen detenido de su nueva cara, esa cara extraña que, sin saberse cómo, se encontraba hoy pegada sólidamente a la parte delantera de su cabeza.

"Bueno, —pensó—, pero yo soy Gómez ¿no? Porque si no lo fuera, a lo mejor esta es mi verdadera cara aunque no es la de Gómez..." Pero le pareció que el razonamiento se complicaba y prefirió dejarlo.

No, la cara no le resultaba del todo desconocida, esa nariz, la boca, la ondulación del pelo... Indudablemente la había visto alguna vez, pero ¿dónde? ¿en el Cine? ¿Sería la de algún amigo? Pero todos los razonamientos le conducían a la misma pregunta que machacaba su cerebro: ¿Como de un día a otro se encontraba con una cara desconocida y completamente diferente a la anterior? Su desesperación llegó al límite cuando le fué imposible sostener la mirada del "otro", ¡su propia mirada!

De pronto en su mente se abrió una interrogación: ¿cómo era su cara anterior, su cara verdadera? y trato de recordar. En su cerebro se hizo inmediatamente un hueco donde debía colocarse una imagen familiar pero que, desgraciadamente, permanecía vacío. Recordaba perfectamente su casa en conjunto, pero en cuanto trataba de fijar algún detalle por separado, desaparecía la imagen.

¡Pobre Gómez! Se encontraba en un estado parecido al que produce la embriaguez, pero en ningún momento se le ocurrió pensar que sus sentidos le engañaran o que se hubiera vuelto loco de pronto. Pensó en comparar su cara actual con una fotografía que tenía colgada en un marquito, pero al ver el retrato, volvió a sentir nuevo terror. ¡tampoco reconocía esa cara! Pero, como indudablemente era él, comparó las dos y, decididamente, las encontró muy diferentes ("esa barbilla... las cejas... ¡No, no es la misma. Aunque... tienen un ligero aire familiar!").

De nuevo trató de pensar lógicamente, pero siempre llegaba un momento en que dudaba hasta de las bases de sus razonamientos. "¡Yo soy Fulano Gómez y hoy es tal día de tal año! ¿O no?" Y se lo repetía una y otra vez y una y otra vez acababa dudando. Por fin, y súbitamente, dejó de pensar. Se vistió automáticamente y de pronto se encontró en la puerta de la calle dispuesto a marchar a la oficina. Volvió a su cuarto y se puso unos anteojos oscuros. Tomó una bufanda y se encasquetó el sombrero hasta las cejas. En la calle, tropezó varias veces y en la parada del autobús, sintió que la sangre se le helaba en las venas, al notar que la gente le había estado observando extrañada, mientras él, se miraba espantado en el espejo de un escaparate.

——coOoo——

Comportándose como un autómata, llegó hasta su oficina.

—¡Buenos días, Sr. Gómez! —oyó una voz. Sus ojos giraron, espantados, detrás de las gafas. Era la Secretaria. (¿Habría notado algo? ¡Le había saludado de un modo...! ¿Porqué le sonreía?) Sintió que palidecía intensamente. Iba a contestar al saludo cuando pensó algo que le hizo morderse la lengua: ¿Habría cambiado la voz también? ¡No había pensado en eso! ¿Qué hacer?

—Buenos días Srita. —(¡Qué voz tan fingida!) Indudablemente, la Secretaria había notado algo porque todavía al caminar por el pasillo, sentía su mirada clavada en la espalda. (Parecía una mirad comprensiva. ¡Sí, lo sabía todo! Pero entonces... ¿por qué no lo decía? ¿Por qué le había dicho: "¡Buenos días Sr. Gómez!"? ¿Por qué esa farsa? ¿Qué va a pasar ahora? Bueno, al fin y al cabo, con pegarme un tiro lo soluciono todo. ¡Total!...). Y este último pensamiento le produjo un extraño cosquilleo a lo largo de la columna vertebral. ¿Cómo se había atrevido a decir eso él... tan cobarde? Y dando un portazo, se encerró en su oficina. Sólo allí se sintió otra vez seguro. Nadie le podía ver. Intentó desembarazarse de las ga-

METAMORFOSIS (sigue)

fas y de la bufanda, pero su mano se detuvo a medio camino. Se sentía más seguro así, medio oculto.

Se sentó ante su mesa de trabajo y, de pronto, se encontró escribiendo a máquina. Arrancó la hoja violentamente.. ¿Qué había escrito? "Fulano Gómez, calle de tal, número tantos" ¡Su nombre y dirección! ¿Por qué? ¿Por qué? Y nuevamente le invadió el miedo. (Y, ¿si me descubren? ¿Me habrá descubierto ya la Secretaria? Me pareció que me miraba como diciendo... "¡Si ya sé lo que te pasa, hombre, pero no tengas miedo, que lo que es yo, no se lo voy a decir a nadie!" ¡Mientras no me delate...! Y, ¿cómo comprobaré que soy yo, verdaderamente yo? Pero... ¡es verdad!, ¿quién soy yo? ¿Soy Gómez o... "el otro"? Y ¿de quién será esta cara? ¡A lo mejor su dueño tiene ahora la mía! Porque ahora soy el usurpador de Gómez. ¡Dirán que lo he raptado, que lo he matado! Pero ¿qué digo? ¿Estoy loco?).

—¡Hola viejo! —(¿Quién ha hablado? ¡Ah, es Pepe!) —Hola Pepe—. (¡Otra vez la voz!)

El nuevo personaje, compañero y amigo del Sr. Gómez, sentado sobre el escritorio de éste, y balanceando displicentemente las piernas, se puso a hablar de mil cosas a la vez, bastando esto para que Gómez se embozara la bufanda y encasquetara un poco más el sombrero que no se había quitado. Hubiera querido que la tierra lo tragara, cuando Pepe, mirándolo fijamente, le dijo: —¿Qué te pasa en los ojos? ¿Y ese sombrero?

—Na... nada... es que... he amanecido un poco malo ¿sabes? —(¡Ya lo ha notado! ¡Y se ríe! ¿Por qué se burlarán todos de mi desgracia?).

—Mira Gómez, a mí no me vas a engañar, ¡tú estás crudo!

—Bueno... sí, un poco... ¡Je! ¡Je! —(¡Se regocija con su burla! ¡Maldito sea!).

—Pero muchacho... ¡Tú tomando? ¡Ja! ¡Ja! ¡Cosa nueva! A ver, viene ese sombrero.

—Y diciendo y haciendo, arrancó el sombrero de la cabeza de Gómez y diestramente, lo hizo volar hasta un perchero. ¡Horrible situación! El buen Sr. Gómez hubiera deseado con toda su alma, en ese momento, encontrarse muerto y gozando de la tranquila soledad del ataúd. Durante algunos segundos, no se atrevió a levantar la vista hacia su amigo que continuaba apoyado en el borde del escritorio y sonriendo ¡con una sonrisa...!

—...y dijo el jefe que eso estuviera para el lunes y además... —(¿Por qué habla tanto si ya lo ha notado? Sí, porque ya lo ha notado, de eso no hay duda)—... los boletos para el Fut-bol, a ti también te tomé un boleto y después... (¡Blá, blá, blá! ¡No hace más que hablar! ¿Por qué no me dice de una vez: "¿Qué ha hecho Ud. con mi amigo el Sr. Gómez? ¡Usurpador! ¿Quién es Ud.?" Sería más decente). Sintió correrle por las sienes unas gotitas de sudor helado. Tenía la boca reseca y las manos le temblaban. Empezó a juguetear con una pluma y se le cayó al suelo. Se agachó a recogerla y tiró un tintero con el codo.

—Nervioso ¿eh?

—Sí, eso es... —(¡Hipócrita!).

—¿Ves, Gómez? Eso para por ser niño malo y salir por la noche sin permiso de mamá. —Dijo Pepe con una sonrisa estúpida. (¡Me ha llamod "Gómez"! ¿Por qué si sabe que "no lo soy"?). Y en un arranque de desesperación, se quitó violentamente bufanda y gafas y sonriendo diabólicamente, alargó la cara hacia Pepe, gritando: "¡A ver que pasa ahora! ¿Eh? ¡A ver que pasa!" Y de un salto se puso de pie y corrió hacia su interlocutor que retrocedía balbuceando:

—Pero ¿qué te pasa, hombre, ¿yo que te he hecho?

—¡A ver que pasa ahora! ¡A ver que pasa! ¡Acúsame de una vez, cobarde! ¡Sí, mira mi cara! —Y Gómez hacía los visajes más espantosos con aquella cara que no le pertenecía. —¡Sí, mírala bien! ¡Qué guapo ¿eh? ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Hipócritas! ¡imbéciles!

Y salió cerrando la puerta tras de sí con un portazo que hizo saltar el cristal en pedazos, y al pasar junto a la Secretaria que le miraba aterrada, se dió dos tremendas bofetadas mientras gritaba: —¡Mire, mire cómo trato a mi cara nueva! ¡Ja! ¡Ja!

Todavía cuando bajaba la escalera a velocidad fantástica, pudo oír varias voces que preguntaban: ¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

——ooOoo——

"Gran batalla naval", gran batalla... ¿Dónde acababa de leer eso? ¡Ah, sí!, era en el periódico que leía un individuo que viajaba enfrente de él. "Gran batalla naval". Por momentos, esas tres palabras, perdían su significado para él y sólo haciendo un esfuerzo, se representaba una escena con barcos y cañones, tal como los había visto en el Cine. Procuró distraerse observando a los demás pasajeros del autobús, pero en su cerebro resonaban como martillazos tres palabras: "Gran batalla naval". E inmediatamente tenía que buscar con la vista los caracteres negros del diario. De pronto, el periódico se dobló con un ruido de hojas secas aplastadas y dejó al descubierto a su lector.

Por segunda vez en el día, el débil corazón del Sr. Gómez se olvidó de sus deberes y dejó de latir durante varios segundos. Su sorpresa fué tal, que se puso de pie sin poder apartar la vista del lector del periódico. ¡Su cara, la cara de Gómez, la que le pertenecía desde que había nacido, estaba allí! ¡En la cabeza de un desconocido que parecía perfectamente feliz con ella! ¡Por fin la había encontrado! Su primera intención fué abalanzarse sobre el tipo y pedirle explicaciones, o pegarle, o matarle o... ¡qué sé yo!, pero cuando vió que todos los pasajeros le miraban extrañados y que "él", también le miraba a través de "sus propios ojos", se sintió desfallecer y cayó de nuevo en su asiento. Ahora, "su" cara le miraba fijamente y el Sr. Gómez le respondió con una mirada afectuosa como diciéndole a ella: "No te preocupes, que pronto estarás otra vez conmigo". ¡Qué extraña sensación la de sentir la mirada de uno mismo desde otra persona! (Pero... ¿cómo es eso? ¿Desde otra persona? Entonces ¿quién soy yo? Y ¿quién es él? ¡Dios mío!) Reaccionó rápidamente al ver que el sujeto en cuestión estaba a punto de bajar del autobús. Bajó tras él y antes que arrancara el vehículo, oyó como en un sueño: ...¡Pobrecito... sí, sí, tan joven...!

Y allí estaba él, siguiendo a su cara, a sí mismo tal vez... Pero ¿qué pasaba que no veía ni la calle ni los edificios ni nada? Sólo veía al ladrón andando pausadamente y él, detrás, detrás, detrás...

El otro, de vez en cuando, se volvía y ella, su cara, le miraba con una mirada en la que "el otro", trataba de demostrar inquietud, pero que para él, resultaba una mirada de lo más cariñosa. "¿Qué hay, compañera?" le preguntaba él cada vez que la veía. "Pues nada, que este tipo me está robando", le contestaba ella lastimeramente. Y Gómez, se reía en silencio al ver que la distancia entre los dos se hacía cada vez más corta.

De pronto una voz martilleó su cerebro: —¡Bueno, ya basta de seguirme! ¿Qué quiere Ud. de mí? —Y allí estaba "ella" mirándole con una mirada ¡tan dura...!

—Yo... —balbuceó Gómez—, yo... (¿Cómo hablar a una persona sin dirigirse a la cara?) —...bueno, yo... ¡pero si eres yo mismo!

—¿Qué dice? ¿Está borracho?

—Es que... la cara, como le vi a Ud. con mi cara... —Dijo el Sr. Gómez cada vez más confundido.

—Pero ¿de qué me habla? ¡Largo de aquí, estúpido!

El Sr. Gómez sintió entonces que algo giraba vertiginosamente dentro de su cabeza.

—¡Ah! ¿No sabe de que le hablo? ¡Ladrón! ¡Devuélvame mi cara! ¡Pronto, devuélvamela! ¡Ladrón, ladrón!

Y sólo dos policías pudieron desprenderlo del cuello "del otro".

——ooOoo——

Sentado en un banco largo, de madera, se puso a pensar en lo que diría al ser interrogado. Delante de él, tres o cuatro policías, con las sillas apoyadas en la pared, dormitaban o hablaban en voz baja. Más lejos, algunos periodistas y fotógrafos, jugaban baraja. La atmósfera se hacía casi irrespirable por el humo de cigarrilos. Detrás de una mesa descomunal, un individuo escribía lentamente con una pluma de manguillo y con la cara casi pegada al papel. Haciendo un esfuerzo, pudo oír el Sr. Gómez el rasgueo de la plumilla. Ras, ras, ras. Un señor hablaba bajito. ¡Era el ladrón! Movía los brazos y levantaba los hombros, y el que escribía, (ras, ras, ras), asentía gravemente con la cabeza.

El Sr. Gómez, siguió pensando, Diría: —Sr. Juez...— (¿Era juez? ¿era delegado? Sí, Delegado. Bueno, no especificaría).— Sr., voy a hablarle algo sobre mi pasado a fin de que conozca mi caso. Yo soy un hombre que siempre ha vivido apegado a la Ley y a...—(No, eso no, parece muy estudiado).

!—¡Eh, Usted! —Tuvieron que llamarle dos veces antes de que se diera cuenta de que se referían a él. Su corazón dió un salto.

—Sr. Juez, ¡digo!, Señor4.. señor —Y de pronto sintió un nudo en la garganta y sus ojos se llenaron de lágrimas. Algunos policías se levantaron las viseras con que se protegían los ojos de la luz, y le miraron con indiferencia. Desde el otro lado del escritorio, el que antes escribía, le sonrió con una sonrisa estereotipada.

—Vamos a ver, ¿nos podría explicar ahora que se ha calmado, el motivo de su agresión al caballero aquí presente? —Y señaló hacia un rincón desde donde "sus propios ojos", miraron a Gómez ¡tan fríos ahora! —...Debe Ud. saber que es un delito muy grave... —Y seguía sonriendo dulzarronamente.

—¡Pero señor, —sollozó Gómez, —es que ese hombre tiene mi cara!

—¿Su qué?

—Mi cara, mi rostro. ¡Estoy seguro de que me lo robó añoche! Sí, anoche tuvo que ser... Y mireme ahora con una cara que no sé de quién sea mientras él está tan feliz con lamía! ¡Por favor, —chilló—, haga que me la devuelva!

Los policías y los periodistas, dejaron en ese momento de estar aburridos. Veinte ojos se posaron sobre el Sr. Gómez. El personaje sentdo detrás del inmenso escritorio, miró hacia todos los presentes con aire embarazado. Por fin se dirigió a alguien: —Que avisen al Doctor...

Gómez, reaccionó violentamente al oír esto. Su miedo a los médicos databa desde que él tenía memoria. La simple palabra "Doctor", le producía una opresión en la parte superior del estómago que se convertía en un cosquilleo por todo el cuerpo y acababa acelerándole el pulso.

En su mundo lejano, se formó un éco persistente: "...Que avisen al Doctor... que avisen..."

—¡No, no que no lo avisen!, si yo... estoy bien...

—¿Pero usted se está burlando de nosotros? Si no está borracho, ¿qué le pasa? ¿está enfermo? ¿Por qué no quiere que le vea el Doctor?

—Es que... yo..., estaba equivocado... —Y empezó a sentir una vergüenza espantosa.

Todos le miraban, todos sonreían con lástima y el eco, persistía: "Que avisen, al Doctor, al Doctor, Doctor..."

—Y ¿eso de la cara?

—...Estaba equivocado... estaba equivocado... Yo... pido que me disculpen... yo... Y con los ojos bañados de lágrimas que resbalaban poco a poco por la nariz y goteaban sobre los labios, el Sr. Gómez fué dirigiéndose lentamente hacia la puerta sin dejar de balbucear como un idiota: —...estaba equivocado... equivocado...

Antes de salir, lanzó una última mirada hacia donde "ella" estaba. Sus ojos se encontraron y "ella le lanzó una mirada seca y fría. La acababa de perder para siempre. Ya no era suya.

——ooOo——

Grande ufé la sorpresa de Ursula esa noche, cuando no fué recibida a patadas al posar su babeante hocico sobre las rodillas de su amo, el pobre Sr. Gómez. Y no fué eso todo, sino que la mano, de tacto ya casi desconocido para Ursula, del Sr. Gómez pasó repetidas veces sobre el pelambre hirsuto de la perra. Sucesos ambos muy raros, por cierto, en el metódico mundo del Sr. Gómez.

Más tarde, se sabe de buena fuente, que encontró por fin sus dos zapatillas, cosa también, muy desusada en él. Después, sólo la vieja cama de bolas y de muellse que rechinan, sería capaz de relatarnos cuanto sollozó esa noche el desdichado Sr. Gómez...

Parece ser, que al día siguiente, rogó en la oficina que se le perdonara la escena del día anterior, provocada, según dijo, por algún desarreglo nervioso.

Desde ese día, su vida volvió a la monotonía anterior.

Y, según dicen algunos, el señor Gómez lleva desde aquel día, un espejito el bolsillo y de vez en cuando, cuando está solo y con muchas precauciones, se mira largo rato en él y después, procurando que nadie se entere, llora un buen rato el silencio.

NOSTALGIA

por Luis RIUS AZCOITA

La tarde es gris. El paisaje
se ha cubierto con un manto
sutil de melancolía.

Son los árboles lejanos
siluetas imprecisas
de quiméricos arçanos.

Hoy no llegará a mi puerta
la dulce luz del ocaso.

Va mi alma, silenciosa,
cabalgando en el espacio.
Una nostalgia infinita
la lleva, dormida, en brazos.

¡Qué lejos, ya, nuestro amor!

Irá, solo, navegando
en una barca de ensueño
sobre unos mares fantásticos.
Sobre los mares que un día
juntos, tú y yo, los soñamos,
entre náyades de espuma
y luceros de alabastro.

¡Qué lejos, ya, nuestro amor!
¡Qué lejos y que cercano!

Se ha roto el silencio. Llega
del remoto campanario
el rumor trémulo y triste
de las lágrimas del ángelus.

...Y pasa. La tarde vuelve
a callar.

¡Qué lejos y que cercano!

Cuando surgió, yo le dije:
—Antes que llegue el verano
me dejarás.

Sus pupilas
lánguidamente se alzaron:
—Nunca.

Me incliné a dejarle
un beso tierno en los labios;
y todo se fué cubriendo
con un fino encaje mágico.

Aún no han roto su capullo
todas las flores del campo.

¡Qué lejos, ya, nuestro amor!

Hoy no ha llegado el ocaso
como siempre, luminoso,
a mi balcón solitario.

Ha descendido hoy al mundo
cubierto de un velo pálido.
Parecía en el horizonte
un muerto desenterrado.

La noche cae lentamente
sobre mi cuerpo cansado.

Nacerán otras auroras
con sus blancos holocaustos.
Y nuevamente, mañana,
el remoto campanario
hará llegar a mi oído
la melancolía del ángelus.

Y así un día y otro día
hasta que en un nuevo ocaso
descanse bajo su torre
y ya no pueda escucharlo.

Dibujo de Arturo SOUTO

EL PESO

A Don Miguel le perseguía la sombra de un recuerdo, oscuro, borroso, infatigable, un recuerdo de dolor que se clavaba en su carne zahiriéndolo a cada paso, a cada mirada, en el suspiro mismo de su alma buscando refugio. Era una obsesión que lo fatigaba constantemente sin darle tregua de reposo para encontrar el alivio, la luz de su memoria, obstinada en vivir el pasado.

¡Cuántas veces había tratado de reanudar su vida, volver a empezar, olvidarlo todo! ¡Cuántas veces quiso sacudir el polvo que cubría sus ojos, sin conseguirlo, huyendo de su locura, deseando alcanzar el llanto con el afán de mitigar la tristeza aprisionada en sus sienes!

El abatimiento lo tenía adormecido, insensible a la caricia del viento refrescando su cara. Cubierto por el negro manto de la preocupación, cruzaba las calles abstraído en sus pensamientos, en las congojas que torturaban su espíritu hasta hacerlo sangrar.

La cabeza despeinada, las pupilas vidriosas, el talle alto, flaco, decrépito, su vestido siempre gris, eternamente gris hablaban muy bien de la incertidumbre que le carcomía las entrañas.

Silencioso, huraño, discreto, nadie conocía su tragedia, la tragedia escondida en las tinieblas de su conciencia. Nadie sabía cuál era su origen, su historia. El misterio envolvía la figura lúgubre de don Miguel, convirtiéndola en fantasma de leyenda.

Aquel recuerdo, aquel fatídico recuerdo era lo único que mencionaba en sus monólogos y soliloquios de calles y tabernas. El recuerdo atormentador, confuso, que asomaba siempre a la boca sin dejarlo traslucir, manteniéndolo en la penumbra de la ignorancia.

Cuando despegaba los labios para narrar sus cuitas todo el mundo quedaba absorto, anhelando escuchar el secreto tan añorado. Pero apenas si salían tres gorjeos de voz. Un murmullo sordo de palabras inarticuladas rodaban sobre los vasos a medio vaciar. La luz del candil centelleaba débilmente, posando reflejos en el cristal, en la botella, en las retinas mustias de los asistentes a la cantina.

—Agua... Gritos... Yo no puede hacer nada... Traté... El brazo parecía arrancar las estrellas buscando sostén para no caer en el abismo... El pánico desencajaba mis ojos... ¡Vueltas, vueltas!... Lo dejé morir. ¿Entienden?, morir, morir...

Y sus dedos se cerraban, crispado, enigmáticos, como si arrojasen la desesperación lejos de sí.

Luego atravesaba la habitación, hipnotizado, inconsciente.

—¡Está loco!... Las cosas que se le ocurren... —exclamaba el cantinero al verlo desaparecer por la puerta—. Un día de éstos no vuelve más...

Pero siempre volvía. Siempre igual, con el mismo remordimiento, con la misma inquietud, sin cambiar, sin modificar la rutina de su quejido.

—Agua... Gritos... ¡Vueltas, vueltas!

Allí, entre la madera relamida por el tiempo, surgía la horrible reminiscencia. El roce de las olas chocando contra un cuerpo frío, inmóvil. Las entrañas negras del abismo hiriendo sus pupilas impasibles, por el terror. Después, la calma, el aullido de la madre sin hijo, del murciélago sin noche. Todo incierto, lleno de sombras.

No, su voluntad no podía quebrarse. Necesitaba descanso. Aliviar su pensamiento de aquella mancha.

"¿Maté por obligación o cumpliendo el deber de mi alma envilecida? ¿Llegué a matar? Todo ocurrió tan rápido, tan fugaz, tan locamente fugaz que no sé cuál es mi delito. ¿A qué atormentarme? Mi conducta no fué criminal, simplemente... Simplemente lo dejé morir. ¿Por qué trató de disculparme?... Me avergüenzo de seguir existiendo. ¿Qué derecho tengo yo a la vida quitándosela a otro?... Se agitó pidiendo auxilio y nadie escuchó su lamento convulsivo. Yo lo observaba, veía cómo iba sucumbiendo con los estertores de la agonía; inconmovible, aterido de miedo, sin abrir la boca. Hasta que su mano cerrada desapareció en el tumulto de la corriente. ¡Sí, sí!, lo tengo presente, lo tendré presente en mi sepultura, en mi carne, en mis uñas arañando el pasado. No puedo desligarme del recuerdo. ¿Dónde hallaré tranquilidad? ¿En el bochorno del suicidio? ¿En la trágica comedia del dolor? ¿En la penumbra amarga del alcohol? ¿Dónde, dónde?"

Miraba en torno suyo, las bombillas parecían luciérnagas pálidas que lloraban una claridad, muy débil. La melodía de sus lágrimas mudas revoloteaba en los oídos de Don Miguel produciendo el susurro de una catarata sin fondo. Hasta que el letargo dulcificaba sus sentidos.

* * *

La amplia sonrisa que surcaba el rostro de Don Benjamín era la expresión máxima de su personalidad. Sí, Don Benjamín poseía una sonrisa buena, campechana, repleta de júbilo inusitado, una sonrisa enorme que envolvía su cuerpo, sus manos, todo su ser.

Despreocupado para consigo mismo, no vacilaba en quitarse de la boca el pedazo de pan para ofrecérselo al mendigo que pasaba con sus cuitas a rastras. Amaba hondamente todo cuanto le rodeaba, el polvo fino de la luz matinal atravesando los vidrios de su ventana. La tenue oscuridad del crepúsculo, a fuerza majestuosa del mediodía. El canto del viento al rozar con los postes telegráficos. El travieso agetreo cotidiano. Amaba contento, seguro, firme en su cariño. Siempre riendo, siempre disfrutando el intenso placer de vivir. Don Benjamín era un hombre que no merecía nacer el verdadero sentido de la existencia, por amoldar su alma a percibir la lucha sin sufrimiento, sin pena.

La obesidad, su escasa estatura, el bigote partido en dos, la nariz pequea y chata, las mejillas muy abultadas y sus ojillos vivarachos, realzaban aún más su natural regocijo.

—Buenas don Benjamín, ¿cómo sigue usted? —saludábanlo al pasearse por las calles.

—¿Yo? Muy bien, siempre estoy muy bien —respondía mientras su sonrisa se acentuaba.

Y proseguía su camino tatareando o silbando una cancioncilla de moda.

Al llegar a la esquina se paraba. Volvía la cara en todas direcciones, contemplaba el cielo, y después de exhalar un profundo suspiro, reanudaba el paseo, balanceando el bastón al compás de otra melodía. A veces, si la música cautivaba sus oídos, convertía el bastón en batuta y él mismo dirigía el concierto que se desarrollaba en su imaginación. Trompetas, violines, tambores. Sonreía de vuelta y arreciaba la marcha hasta llegar a su destino, un almacén de ropa fina.

El cantinero Don Pepe, le decía:

—Usted debe ser un dependiente bastante bueno, jamás se enfada.

—No crea usted —contestaba don Benjamín— hay personas que no entienden mi alegría, les parece empalagosa, ridículo, tonta. Como es una tienda muy grande nadie me conoce bien. Aquí en la ciudad uno se siente tan cohibido, tan insignificante. Si no fuese por el barrio. ¿No es verdad Don Pepe?

—Sí don Benjamín, el barrio es una familia muy grande, un pueblo enclavado en la gran zona urbana... ¿Qué es lo quiere tomar?

—Lo de costumbre, mi tacita de café.

—Enseguida se la traigo —y poniéndose las manos a modo de bocina, gritó— café para don Benjamín.

La cantina tenía cierto aire de taberna antigua. Las mesas de madera, toscas, fuertes y los taburetes imitaban vagamente a sus antecesores de antaño. Sobre las paredes los cromos disimulaban con astucia, alguna que otra mancha. Una tabaquería abría sus vitrinas enseñando la profusión de objetos sin valor, apiñados en los estantes. Más alejada, la cabina del teléfono, con su aspecto de celestina mecánica. Y al fondo, junto a la entrada, un perchero donde florecían abrigos, sombreros y bufandas.

En el mostrador las botellas de licor presentaban el contraste más singular del establecimiento. Unas panzudas y cansadas, otras altas, finas, verdes, rojas, con sus corchos riéndose al destaparte. Todas abotonadas con un cuello de metal duro, sucio. Las etiquetas de dibujos extravagantes adornaban sus costados, indicando el origen, la calidad y el contenido. La luz, al romperse en el líquido, flotaba tristemente, despidiendo sonrisas ficticias, sonrisas mercantiles para atraer a la clientela, ansiosa de vicio.

* * *

Apenas había tomado el primer sorbo, don Benjamín quedó suspenso.

El rincón de don Miguel estaba otra vez ocupado.

Siempre le produjo una honda impresión verlo caminar con la inquietud retratada en los ojos. Lo compadecía y trataba de ayudarlo, pero cuando se acercaba a prestarle un poco de su alegría, un obstáculo oculto, incomprensible paralizaba sus pies, deteniéndolo. Era como si algo le impidiese traspasar la barrera interpuesta entre los dos. Porque don Benjamín sentía por don Miguel la admiración de lo desconocido, de lo original En su sentimiento fundíanse la compasión con el respeto. Deseaba ir a él, no sólo para animarlo sino arrastrado por una atracción extraña, poderosa. Aquel gemido desgarrador que surcaba el aire haciéndole temblar, aquel gemido roto en mil cristales de amargura, le helaba la sangre, el aliento de su alma sin llagas, ignorante de dolor, su alma sencilla que nunca había sufrido el latido de la desesperación.

Quería comprenderlo, explicarse a sí mismo el odio, buscar en el raciocinio ajeno lo que no podía encontrar en el propio. Trataba de hallar la razón de su tranquilidad, en contraste con el sufrimiento de otros, más bien, no concebía el sufrimiento mientras una carcajada pudiese consolar todas las penas y es que Don Benjamín, se creía en el fondo, un redentor.

—¿Cómo está, don Miguel?

Este movió ligeramente el rostro, examinando de una mirada todos los detalles de su interlocutor.

—¿Qué quiere usted? —preguntó sin cortesía alguna.

Don Benjamín palideció, pero bien pronto se repuso.

—Nada, nada... Hablar con usted, si no tiene inconveniente.

—¿Yo? ¿Hablar? Si apenas puedo pensar, si apenas descanso.

—Por eso, precisamente por eso mismo necesita usted hablar. Hace mucho tiempo que lo vengo observando y le noto cierta preocupación... No me me vaya a tomar por un entrometido, el caso es... ¡En fin!, que como lo veo tan abatido quisiera ayudarlo, compartir su pena... ¡Claro que...!

—No necesita disculparse, le agradezco mucho su buena intención, pero es inútil que trate de consolarme. Yo no tengo consuelo, no puedo tenerlo, no debo tenerlo... Si hubiese alguien que me calmara, que reconfortara mi espíritu, ¿no cree usted que no estaría arrodillado a sus plantas, clamando misericordia?

—¡Pues búsquelo, búsquelo ya lo encontrará! —dijo don Benjamín, muy contento del aspecto que tomaba la cosa, y en un arrebato de alegría, dió tres palmaditas cariñosas en la espalda de su compañero—. ¿No ve que el peor martirio, el peor castigo reside dentro de uno? ¡Desahógueese! ¡Expulse de sí el veneno que hiere sus entrañas!

—Usted lo ha dicho. El dolor está dentro de sí. ¿Quién sino yo mismo soy el único que puede salvarme? Y sin embargo no puedo, sencillamente no puedo. ¡Cuántas veces he tratado de echar fuera de mí el remordimiento, éste remordimiento ciego, abrumador! No, es algo superior a mí, que nadie es capaz de ahuyentarlo, que está fundido en mi carne de tanto soñar en él. Es mi sueño, ¿entiende?, mi sueño. La ilusión amarga que me acompaña en los días grises, en los días azules, siempre. Es la función esencial de mi pensamiento. ¿Podría vivir sin alimentarme del recuerdo? ¡No, no! Usted se equivoca.

—¡Cambie su ilusión, su sueño! ¡Desnúdese de todas las reticencias morbosas que le absorven el seso! ¿De qué le sirve atormentarse así? Por muy cruel que haya sido su pecado no tiene derecho a suicidar su sentimiento.

—¿Suicidar mi sentimiento? ¿Cree que lo suicido? ¿Acaso no es justo que me suicide, que muera en pago de mi crimen?

Don Benjamín se sobresaltó.

—¡Usted ha matado...!

—¿Le da miedo, se aterra ahora de estar a mi lado, con un criminal, con un asesino repugnante y asqueroso, no es cierto? Pues bien, yo maté, dejé morir, que es lo mismo. Sí, —Don Miguel había perdido otra vez el control— allí estaba, luchando contra el abismo líquido. ¡Agua!... ¡Gritos!... ¡Vueltas, vueltas!... Allí estaba; pidiendo auxilio, implorando ayuda y nadie lo escuchó. El destino lo había puesto en mis manos y yo permanecía impasible, contemplando sómo huía su alma, cómo su cuerpo se hinchaba por el río, lloroso de su propia soledad. ¿Y qué hice ante un hombre que se confió a mi amparo, que suplicaba, desesperado, compasión, que deseaba vivir porque tenía derecho a la vida, me conmoví acaso? ¿Puedo esperar perdón, dígame, puedo? No y mil veces no. Sería absurdo, sin lógica. Arrastraré mi recuerdo hasta el fin de mis días. Mi recuerdo... ¡Mío! ¡Mío!... Durante las noches, cuando las sombras adormecen los sentidos, lo veré soñando la muerte en los ojos, lo veré señalándome con su mano crispada, haciendo el último gesto de rebeldía, furioso, con toda la furia de su venganza. Siento la ira impotente de sus carnes laceradas sobre mis carnes, de sus brazos sin músculo sobre los míos, de sus huesos húmedos sobre mis huesos. Lo siento metido en mi ser, viviendo la existencia que le pertenece, que yo le quité. Lo siento en mí, yo soy él.

—¡Despierte! ¡Despierte! —aulló don Benjamín poseído de una emoción inusitada—. ¿No ve que el letargo a que usted se entrega lo lleva a la perdición? ¿No ve que quiere hallarle culpa a su cobardía, insensata en un momento de horror? ¿No ve que no fué usted quien lo dejó morir sino el cansancio que reinaba en su corazón? No se adormezca otra vez en ese cansancio, en ese martirio incesario.

Pero don Miguel no lo escuchaba.

—Agua... Gritos... ¡Vueltas, vueltas!

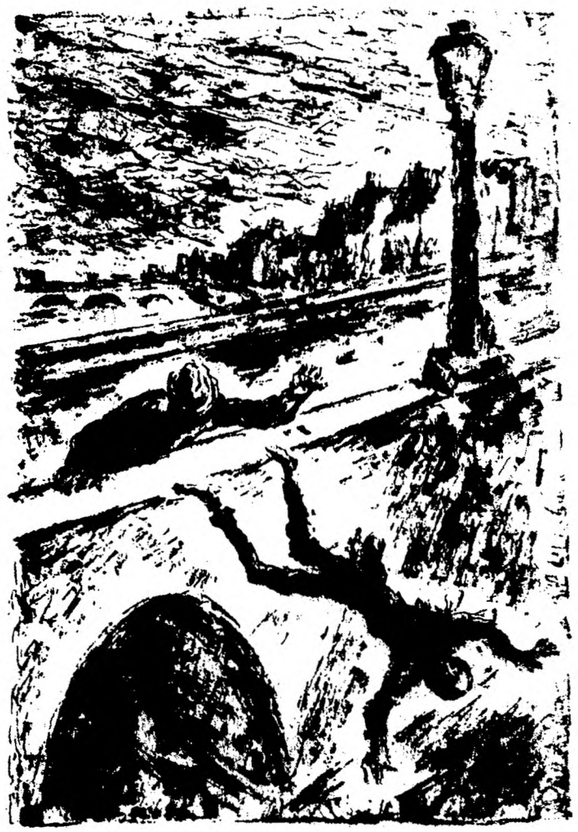
De pronto una idea iluminó el rostro de don Benjamín. ¡Llevarlo al río y curarlo de una vez! ¡Renacer la tragedia obligándole a reaccionar! Sí, encaminarlo al centro mismo de su obsesión para saciar su sed de dolor.

Lo sujetó fuertemente del brazo y dando tras pies salieron de la cantina.

El aire frío de la noche, mojado por la luz somnolienta de las estrellas, azotó sus rostros. Los árboles se recostaban en la oscuridad adquiriendo el follaje un aspecto fantasmagórico. Se llevaba el silencio en espirales de sombras y en la lejanía, los botecitos de los pescadores, alumbrados por faroles débiles, se mecían al ritmo de las aguas.

Don Benjamín respiró profundamente, agarrando con más energía el cuerpo de su amigo. El rosario de las velas marineras rezaban una plegaria muda, repetida a través de la bóveda celeste, coreando el roce de las quillas, el eco de los remos al golpear el suello sin fondo, el suave desliz del timón conducido por la mano del destino en la aventura nocturna.

Pálidas, inquietas, difusas, las pequeñas embarcaciones evocaban ideas olvidadas, resucitaban el recuerdo, con sus rápidos virajes la memoria despertaba como si volviese a sumergirse en el pasado. Atraían, atraían irresisblemente y los dos hombres se dejaron arrastrar por el extraño influjo hasta encontrarse en la orilla.



El puente parecía bostezar por su enorme boca todas las tinieblas de la noche. Su ancha calzada sostenía pilares monolíticos, llenos de centurias, de voces, de añoranzas perdidas. Sobre sus piedras los pasos sonaban huecos, y los bordes, de escasa altura, mostraban las entrañas del río, turbias, cuajadas de misterio.

Allí estaban, mirando frenéticamente el abismo. Gruesas gotas de sudor perlaban la frente de don Miguel, que con los ojos desencajados murmuraba en un suspiro de voz palabras inarticuladas.

—Agua... Gritos... ¡Vueltas, vueltas!

Don Benjamín empezó a ser invadido por el temor. Sus labios temblaban y sus manos cerradas le rompían las ropas.

"¡Este es el momento!" —pensó—. Y sin dudarlo más, desoyendo el espanto que sacudía su alma, se lanzó al espacio.

El chasquido que produjo su cuerpo al caer, despejó a don Miguel.

—¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Me ahogo! ¡Don Miguel, don Miguel, sálveme!

Fué un instante trágico, de intensa desesperación. Ante él otra vez se repetía el drama, otra vez la vida lo llevaba a la misma situación. Su martirio se condensó en un minuto, en un segundo de muerte, preñado con toda la amargura de su raciocinio, un segundo de vacilación, de enorme zozobra. Pero pudo reponerse. Casi ciego, sin sentir nada, apenas tuvo tiempo de quitarse la chaqueta.

Otro ruido chocó contra las piedras del puente.

Jesús BUGEDA

Ilustraciones de Arturo Souto

CLAVILEÑO agradece la cálida acogida que se le ha tributado por parte de sus lectores, así como las críticas que a su respecto han sido publicadas en varias revistas y periódicos.

Han significado para nosotros un estímulo y nos han creado al mismo tiempo la obligación de ir mejorando poco a poco nuestra revista dentro de nuestras posibilidades.

CLAVILEÑO se complace en invitar a todos aquellos jóvenes con inquietudes literarias a que colaboren en él.

Dos Poemas

de

Alberto GIRONELLA

GOYA - ¡Esto es lo peor!

El Abad y el lobo comen
lo mejor de la manada.
QUEVEDO.

ELEGIA ESPAÑOLA

A León-Felipe.

Libre de sangre y de espacio,
definido como se define
el grito ahogado en sangre.
(El grito ahogado en sangre
es mi testamento).
Minarete alto, erguido en el borde
del mundo, en una de las viejas
jorobas de la vieja tierra,
que sigue sangrando
por esa vieja herida.
¿Quién resplandece de sangre?
¡Contestad! Responded envueltos
en vuestras noches asesinadas,
seducidas con vuestros adiestrados buitres.
Y aunque yo continúe, quizá pueda
reunir las estrellas en un saco
y crear mi órbita
en donde no habrá blasfemia
posible, ni mitras, ni botas.
Y desde lejos, apenas como un
reflejo, me legará la cicuta
en coros, envuelta en toda su magnitud
de sombra.
Y seguiré fiel a mi órbita,
desterrada de armonía, sin eje.
Rodaré con mis estrellas al hombro
viendo, después de huído
del terrible cuerpo,
como los pequeños cementerios
se tornan grandes, con lápidas
sin nombre de soldados y héroes
asesinados cara al cielo.
Y desde aquí, libre de sangre
y espacio, montando en la
cabalgadura amarilla, veré
a las catedrales escupir murciélagos
y en los castillos, fuertes y cuarteles,
a las tristes figuras de plomo
y estaño, con su pavor al
silencio y al intermedio
entre batalla y batalla,
con su sabor a martirio
y a cuerpo blanco que se hunde
entre violetas podridas.

EL TORO HERIDO

Sangra a flor de piel, sangra
estrellas huecas con estructura
de corona blanda.
Sangra el toro en su prado
sacudido por furiosos
e iracundos fantasmas guerreros.
Sangra el toro, encerrado
en su círculo seco y amarillo,
con sus herencias de ojos
ávidos y codiciosos de entrañas.
Los buitres cuelgan del cielo
como matrimonio de vampiro
en los espejos y en la espalda del hombre.
El toro sangra con sus ojos
de vino espeso, y sus pezuñas
abiertas, se hunden
abiertas se hunden
en el fango de la carne
podrida de las víctimas.
El cielo crece sin límites
con sus estrellas y sombras fugitivas.
¡Qué belfo tan blando y tierno
cubierto de coágulos! Los cuernos
son piernas gemelas, con las
ingles cercenadas por el lirio
y el rito de los buitres.

EL RENACER

por

Alberto OLIART

(fragmentos del diario de un soñador)

He vivido tanto tiempo solitario que no se si mis sentimientos presentan ya semejanza con los del resto de la humanidad. Sin embargo, pienso dar a conocer estas líneas algún día. Puede ser que, con razón, se consideren como imaginaciones morbosas de una mente insana. Me tiene sin cuidado. Escribo para revelarme a los demás. Si éstos no me comprenden, no es culpa mía. Tengo plena conciencia de que lo que sigue es demasiado subjetivo para ser captado por todos. La mayoría, pasa por la vida en un estado de éxtasis ante el mundo, sin atreverse nunca a fijar la mirada en su interior. Si no se han hablado nunca a sí mismos con honradez, ¿cómo van a comprender las honduras de un alma limpiamente confidente? Pero, a pesar de todo, tengo confianza todavía y escribo teniendo fe en que alguien será capaz de revivir mis ansiedades.

A veces, el dolor puede llegar a convertirse en un placer morboso. Y quizá mi única esperanza es ya la de un continuo suicidio. Un continuo suicidio que no terminará hasta la muerte. Y quizá mi dolor pueda más que mi muerte y vague por la eternidad muriéndome poco a poco, buscando siempre mi fin que no llegará nunca. ¿No creeis que esto pueda ser mi redención? Creedme, a veces, sin casi darme cuenta de ello, voy buscando con verdadero tesón, un sufrimiento que me vaya atosigando, que me obligue a luchar con él durante días enteros, eternos; a vivir con la ilusión constante de que ya lo vencí, pero que renazca más pujante que nunca. Así me purificaré, me haré más digno. Y no creais que se trata de desvaríos. El desvarío, si acaso, sería yo mismo. En realidad, toda persona es un desvarío. Tú, que lees extrañado estas líneas, lo eres también, y si no lo muestras, es por miedo, por miedo a la materia. ¡Ah! porque cuando se rían de ti, no serán personas enteras quienes lo hagan. Siempre, creedme, siempre habrá en los que te hagan burla, un sentimiento enmascarado de lástima que, por cobardía, te atribuirán a ti, pero que en última instancia, es lástima de ellos mismos. Es su materia, su razón, que se ríe a carcajadas de su desvarío. ¿Has visto alguna vez a alguien riéndose ante una piedra contrahecha? ¡Claro que no! El hombre se siente alejado de la piedra y no puede ver reflejada en ella ninguna de sus deformidades internas ni externas. Pero, quiéranlo o no, ellos, como tú y como yo, no son más que una quimera que se esconde y se somete a un cuerpo abominable.

Pero, después de todo, tengo cuerpo y no quiero acabar con él porque es, quizá, la fuente de mis sufrimientos. Y tengo que sufrir, cada vez más, para salvarme, para lavar mi pecado original: ser hombre, ser materia, negarme a mí mismo.

Presiento un renacimiento. Lo amo y le temo a la vez. Es como si una nueva vida se hubiera apoderado de mi cuerpo. He vuelto a ser capaz de hallar cierta belleza en el mundo.

¿Habéis reflexionado alguna vez en la maldición bíblica "parirás con dolor"? Es la ley suprema que rige nuestro destino, que preside toda creación humana. Parirás con dolor. Estas palabras mueven, por una parte, a alegría, por otra, a desesperanza. Dan sentido a nuestro ser: son nuestra redención. Daremos vida, crearemos. ¡Ah! pero a qué precio. Ganarás el pan con el sudor de tu rostro, el pan del cuerpo y el pan del alma; pero lo ganarás. Todos ganaremos nuestra verdadera vida, todos crearemos. Para ello, sin embargo, debemos sufrir. Toda idea nueva, todo renacer, se genera de una lucha cruenta contra nosotros mismos. Para alcanzar la gloria hay que hacerse mártir. Toda alegría nace empapada en lágrimas. En el fondo, no me importa. El renacimiento presentido se hará realidad, pese a quien pese. Quizá deba agradecerle honradamente al destino, el hacerme difícil el alumbramiento. Así le querré más. Cuantas más dificultades tenga el camino, tanto más gloriosa es la meta. Para escoger entre los caminos de una encrucijada, he optado siempre por el más escabroso. Dicen que es el camino del cielo. Quiero ir por una ruta que casi nadie se atreva a seguir, una ruta diseñada por mí mismo. Ya se que me traerá penalidades. Ellas serán la simiente fecunda de mi renacer. Me atormentaré conscientemente. Algo saldrá de mi infierno, más aparente que real. Presiento que será sublime.

Mi largo peregrinar por el dolor ha dado sus frutos. Me ha dado el valor para acercarme a la mujer de mis sueños. Y ha sido mía. Ha sido mía en cuerpo y alma. Nunca me hubiera atrevido a hablarle como le hablé. Nunca me hubiera atrevido a desnudarle mi alma. Al fin logré superar el miedo al ridículo. Ante ella fuí el desvarío que he sido siempre. Mientras le iba revelando mi ser, ella me miraba moviendo acompasadamente sus ojos; sus ojos negros como las profundidades inalcanzables del alma. Y me comprendió. Comprendió que la necesitaba: que para salvarme y salvarse, debía penetrar toda ella en mí; y se hizo mía.

¡Pobrecito! decía, mientras dejaba resbalar el cutis de su mano por mi cara como una lágrima que va cayendo poco a poco. El contacto de su carne joven con la mía reseca ya de dolor, fué un choque de dos astros lleno de chispas candentes que se van convirtiendo en una ligera estela luminosa. Su carne se fué desvaneciendo en mis sentidos. El contacto con su cuerpo, se convirtió en una conjunción con lo inefable, como si el alma que clamaba por la sangre me dejara abandonado para ir a fecundar la suya, penetrando en ella para siempre.

No sentía ya su piel, era como si se hubiera deshecho enter mis brazos y sin embargo, estaba en mí, muy hondo, en mi interior, con la alegría de la esperanza. A ratos volvía a sentir el contacto carnal. Su imagen volvía a desaparecer de mis ojos. ¿Estaré soñando? me decía sobresaltado, y la sujetaba más fuerte, lleno de temor. ¡No te vayas! ¡No te vayas!

—¿Qué te pasa?

—No sé. Tengo presentimientos terribles. Temo perder la razón. Me espanta pensar en el futuro. En el futuro espera siempre, impasible, la muerte. El futuro es un ir sembrando tu ser, un irte desprendiendo de él, y es también una guadaña que va segando esperanzas nobles.

—No pienses en el futuro. El futuro lo estás creando ahora, por dentro, y es obra tuya. Un presente fecundo sobrepasa a la muerte. Ríete de ella. Si lo consigues, la has vencido ya.

La esperanza contenida se llenaba de luz. Yo venzo a la muerte —exclamaba con vehemencia— yo venzo a la muerte.

Nos quedamos, presintiendo el azul estrellado a través de un árbol de espeso follaje. El árbol era como la sombra protectora de Dios.

Huí como un cobarde. Lo era. No, no podía volverla a ver. Sabía por amarga experiencia, que el pasado no vuelve jamás. Era imposible revivir aquellas horas imborrables. Volverla a poseer era profanar su memoria. Y su memoria era ya la parte más amada de mi ser. Era mi vida, una vida sin temor de muerte. Huí como un cobarde. Si le hice un mal a ella, no lo sé. Que Dios me perdone.

Mi lucha cuerpo a cuerpo con el dolor ha dado sus frutos. Ya no estoy sólo. Su imagen me persigue sin cesar. Estoy salvado. La veo en todas partes. Cuando hago algo, me sale bien hecho. Hasta he mejorado la caligrafía. Es que todo lo que sale de mí, lo modelo con el intento de hacerlo imagen viva de su recuerdo. Mis pinturas han merecido el elogio de todos. Nadie me había comprendido nunca. Ahora, sí. Es que su recuerdo es humano y universal. Hasta he logrado salir de mi interior y mirar con amor a mis semejantes.

En la noche hago largas caminatas, solitario a los ojos de quien me vea, pero no: estoy con ella. Al fin me siento bajo algún árbol frondoso y, mirando su ramaje oscuro, con la imagen de ella, siento la protección de Dios.

EL MAR

por A. GIRONELLA

Poema Escenificado

Y el mar dió los muertos que estaban en él...

(Apocalipsis, Capítulo 20, versículo 13)

Personajes.—La Sirena. El Hipocampo. Neptuno. La Muerte. El Amante. La Amada.

Escena.

Abismo sombrío, con brillos esfumados cuya luz es a momentos frágil o intensa.

Grandes corales blancos y fosforescentes adornan con voz de silencio a la escena. Al fondo se vislumbra una catedral gótica, cuyas líneas se rompen por los reflejos del mar. Las gárgolas son monstruos marinos fantásticos.

Cuando se levante el telón, la luz y la claridad irá creciendo gradualmente hasta alcanzar una tonalidad tornasolada propia de las madreperlas, sólo permanecerá, oscura y severa, la mole arisca de la catedral, con sus torres angustiosamente erizadas en su afán de vida eterna.

Trajes.

La Sirena irá vestida de la cintura a los pies con una tela blanca y cubierta de brillos húmedos. El pecho blanco, purísimo. El cabello suelto y flotante. El tocado será de perlas.

El Hipocampo; con máscara. Los brazos segmentados así como el cuerpo. Los ojos fosforescentes. Atrás, en la espalda, llevará alamares con hilos de plata a modo de cresta.

Neptuno; como se acostumbra, un manto blanco, la corona y el tridente.

La Muerte; con un manto negro y vaporoso. No llevará tocado, el pelo suelto.

El Amante; llevará un pantalón de marino y camisa blanca.

La Amada; con un vestido gris hecho girones. En el seno izquierdo lleva una rosa púrpura, en esa parte hay unas gotas de sangre salidas de una herida invisible. Llevará trenzas largas, entrelazadas con cintas rojas. Es bella y fragil.

——ooOoo——

El Amante.—(Escuchando) ¡Respira! ¡Respira!... Canta y baila, querida... ¡Esto es el paraíso!

La Amada.—(Los ojos abiertos con intensidad, respira y se acaricia los senos con ternura) ¡Sí!... Respiro pureza inefable... ¡Acércate!

El Amante.—¿Escuchas?

(Se oye alegre movimiento de agua, y un respirar entrecortado, de vez en cuando, relinchos.)

La Amada.—¡Es verdad!... Parece que se acerca un caballo.

(De la Catedral surgen unas campanadas fúnebres y negras. Un órgano empieza a tocar y miles de voces cantan. Por la izquierda entran el hipocampo y la sirena.)

El Amante.—¡Un bruto de mar y una sirena!

El Hipocampo.—(Ríe con voz de caballo, silbando, y soltando espuma de plata.) El hombre y su bien amada, con su mirada profunda de poeta y su cuerpo sin branquias y con sangre caliente. (Vuelve a reir soltando espuma y eleva los brazos al cielo en señal de detenerse violentamente.)

El Amante.—¿Qué quieres aquí, escorpión de mar?

La Sirena.—(Con voz de plata, cantando.) La mar, siempre la mar, con sus senderos de luna y alabastro, tiró finamente de vuestros cuerpos. La mar, siempre la mar. Y el amor...

El Amante.—Qué lejos el huracán
entre los barcos perdidos.
Qué cerca mi corazón
entre los hombres dormidos.

La Amada.—¡Mira! La catedral con su maraña de sombras ha abierto las puertas.

El Hipocampo.—(Con su risa estridente, empieza a ejecutar cabriolas salvajes) ¡Ahora el rey!... ¡Ahora el rey!

La Sirena.—(Cantando) ¡Oh, Neptuno! Con tu sangre eterna, ven a juzgar a estos perdidos. El hombre y su mujer. Envenenados de amor y angustia. Suicidas del miedo.

El Amante.—La muerte y después los gusanos. ¡Esto no es el paraíso!

El Hipocampo.—(Con su risa) ¡El paraíso! ¡Já, já! Calavera sin lengua... seréis pasto de los peces.

La Sirena.—(Cantando) ¡Sueña el hombre, sueña! Pero la mar... (De la puerta de la catedral sale Neptuno, radiante y olímpico.)

Neptuno.—¿Qué es esto?

La Sirena.—¡Señor!...

El Hipocampo.—(Inclinando la cabeza.) ¡El hombre y su bien amada! Con sus ojos profundos y sus corazones asediados por temor y sangre caliente que se torna fría...

El Amante.—¡Señor! Sólo el amor nos trajo hasta aquí.

Neptuno.—(Acariciando su tridente con majestad.) ¿El amor?

La Amada.—¡Sí! El amor y el naufragio.

Neptuno.—¿Náufragos?

El amante.—Sí, náufragos.

El Hipocampo.—(Con su risa.) ¡Mentira! El barco sigue siendo juguete, allá arriba, de tus zarpas, señor.

Neptuno.—¡Oid! ¿Os acordáis del suceso?

El Amante.—¿Nuestra muerte?

Neptuno.—¡Sí!

El Amante.—En la tormenta... ¡Sin fe!

Neptuno.—¡La cobardía en barro convertida, con su sabor a muro de cementerio.

Neptuno.—¡Calla, bestezuela!

La Amada.—¡Piedad, señor!... Eramos novios.

La Sirena.—(Cantando.) Vuestros cuerpos serán hermosos cuando vuelvan... la mar, siempre la mar...

El Hipocampo.—(Riendo.) Con su luto riguroso.

Neptuno.—¡La Muerte! Que se acerque con sus astros y misterios a conjurar y a cumplir, deteniendo el curso de estos peregrinos suicidas.

(Marcha fúnebre, el órgano y las voces. Aparece la muerte, surgida de la sombra, las gárgolas escupen sangre roja y azul.)

El Hipocampo.—¿No hay ceremonia?

La Sirena.—(Cantando.) ¡Todo tuyo, mar, sus almas y la luna, con sus cristales sin realidad, incorpóreos!

El Amante.—(Con las manos empuñadas en posición desesperada y viril, con el cuerpo delante de su compañera.) ¡Detente noche! ¡No alces de este modo nuestra vida de la muerte!

Neptuno.—¡Silencio, pichones de arena y cal!

El Hipocampo.—¡A la arena, a la arena! Entre las estrellas secas, los restos del naufragio y la tormenta. ¡Que los sepulten en tierra! (Salta con violencia.)

Netpuno.—La muerte decide. (Vuelve la cabeza a ésta, que está en silencio. ¿Vuelven?

La Sirena.—Hay algo más aún: la mujer lleva un niño en el vientre. (Cantando.) Son tres los suicidas... ¡La mar, siempre la mar, con sus inefables galerías de silencio...

Neptuno.—¡Terminemos! Tú, señora, rompe la sangre y dales el sueño.

El Amante.—(¡Vuestros labios son aritmética de cizaña!

Neptuno.—(Iracundo.) ¡La muerte! ¡La muerte! Y que vuelvan destrozados.

El Hipocampo.—(Gritando.) ¡Sí! ¡A los escollos, a los escollos! Que los recojan los pescadores de esponjas.

La Sirena.—(Cantando.) ¡El mar, único y libre!

El Amante.—(Abrazando a la amada.) ¡Sea lo que Dios quiera! (La muerte se acerca lentamente.)

La Muerte.—Que vuestras burbujas sean el rosario que os salve del abismo... ¡Descansad en paz!

El Hipocampo.—Neptuno y La Sirena.—¡Amén!

La Sirena.—(Bailando sensual y dulce, canta.) ¡Sí! ¡Sí!... ¡La mar, siempre la mar, con su belleza distante y sus sombras sostenidas!

TELON

Nosotros y los Demás

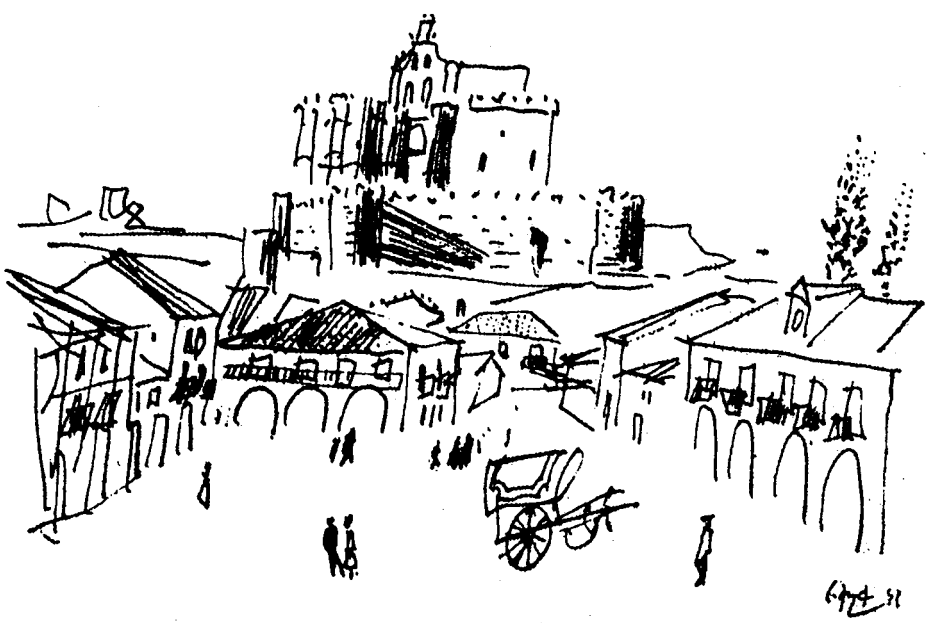
por

Manuel DURAN

Es preciso reconocerlo: la cultura tiene también sus líneas de alta tensión, y estas líneas no pasan por España ni por otro país de habla española. *Nosotros* somos, frente a *los demás*, una zona espiritualmente semidesértica, a la que el resto del mundo deberá seguir enviando libros, música, y todo lo que simboliza la palabra "creación", no con la esperanza de que se establezca un intercambio cultural, sino por deber, y porque además es un buen negocio. La amarga realidad es ésta: no nos hacen caso. Nos preguntaremos: ¿Por qué? ¿Ha sido siempre así? ¿Tienen razón? Y, ante todo, ¿quiénes son *ellos? Ellos* —los que no nos hacen caso— son los pueblos que tienen la buena fortuna de estar atravesados por la línea de alta tensión cultural que va de Estados Unidos a la Europa Central, pasando por Inglaterra y Francia. De esta línea dependen en gran parte los demás países europeos, incluso Italia. Allí surgen los grandes creadores, las grandes sorpresas culturales; allí se publican las antologías mundiales, —cincuenta autores franceses, treinta rusos, un español—. Allí trabajan los físicos matemáticos, los mejores psicólogos, los juristas insignes. Allí viven, o han vivido, Hemingway, Stravinsky, Proust, Einstein, Heidegger, Joyce; allí ha ido a vivir Picasso.

Es indudable que el honor de ocupar el primer plano de la cultura mundial no se conquista rápidamente; depende, además, de factores que escapan a la voluntad de los genios: la próspera situación económica y política de un pueblo en un momento dado concentran en él la atención de los demás y permiten a los representantes de su cultura franquear con más facilidad la estrecha puerta de la fama universal. Pero España ha tenido su hora de grandeza política, sin lograr por ello un lugar permanente e indiscutible, de primera fila, en el concierto de la cultura mundial. Piénsese, en cambio, en las ventajas que en este aspecto obtiene la Francia del XVIII apoyándose en la influencia política del reinado de Luis XIV y se observará una clara, inexplicable diferencia. Porque el menosprecio de la cultura española no es un fenómeno que se dé con respecto a nuestra producción contemporánea; se manifiesta vivamente con relación al Siglo de Oro, de cuya inmensa producción no se ha aceptado plenamente, fuera de los países de habla española, más que el Quijote y *La Vida es Sueño*. Cierto que el romanticismo alemán revaloriza nuestra teatro clásico; que Lope influye en muchos autores contemporáneos extranjeros; que Schopenhauer admira a Gracián. Pero son influencias aisladas, sujetas a las veleidades de la moda. Américo Castro ha escrito: "Todo pueblo, como cada individuo, lleva una tendencia al localismo que les hace impenetrables, llegando a los aspectos realmente íntimos. En la literatura, este localismo se hace casi invencible cuando nos obstinamos en no adoptar la conveniente inclinación para que nos hiera el rayo de luz que cada obra valiosa está pronta a lanzarnos. Lope y Racine, pese a sus astros antagónicos, "no dirán su canción sino a quien con ellos va." "La obstinación y la injusticia se extreman en los casos de Lope, de Quevedo, de Galdós. A pesar de Schlegel y de Grillparzer, Lope es actualmente uno de los autores menos representados. Más absoluta todavía ha sido la animadversión hacia el espíritu mismo, y la vida y los ideales del Siglo de Oro español, que ha persistido hasta tiempos relativamente reciente. "En España, los hombres son los poemas, los cuadros y los edificios. Los hombres son las filosofías. Los españoles del Siglo de Oro vivían, se apasionaban y actuaban, pero no pensaban. Y la pasión por sí sola no puede dar origen a un gran arte. En las artes, los españoles no inventaron nada. En todas las que practicaron, hicieron poco más que dar color local a un virtuosismo tomado del extranjero. Su literatura... no es de primera clase; les enseñaron a pintar maestros extranjeros, y, como alumnos ineptos que eran, produjeron tan sólo un pintor de primera categoría; su arquitectura la deben a los moros, los franceses y los italianos, y los edificios que ellos crearon son mejores cuanto menos se apartan de sus modelos..." Esto lo escribe Somerset Maugham, contemporáneo de Vossler y de Pfandl, en su obra "Don Fernando", consagrada al estudio de la cultura española en el Siglo de Oro. Sigue, pues, la incomprensión y la injusticia por lo que respecta al pasado. Cuando, en 1945, se representa en París una adaptación de "La Celestina", un crítico se maravilla de no haber tenido noticia hasta aquel momento de "tan indiscutible obra maestra": a la incomprensión se añaden la ignorancia y el silencio.

Pero olvidemos el pasado, y concentremos nuestra atención en los momentos actuales. ¿En qué sectores está triunfando la cultura de los pueblos de habla española? ¿En cuáles se halla a la defensiva? La música, por ejemplo, nos permitirá anotarnos éxitos muy notables, aunque limitados. Stravinsky, por ejemplo, ha reconocido el genio de Falla y admitido cierta influencia de éste en alguna de sus obras. Revueltas ha sido aclamado en Londres, y es posible que algún joven músico inglés haya enriquecido sus obras con elementos del músico mexicano. Villalobos —brasileño, casi nuestro— es una de las primeras figuras mundiales. En pintura las cosas marchan bastante bien: Picasso, Gris, Miró, Dalí, Orozco, Tamayo, son ya universales. En cambio, la literatura ocupa una posición desastrosamente mala. La generación del 98 ha pasado sin que nadie se diera cuenta; las generaciones de poetas se han sucedido luego sin lograr sacudir la indiferencia general. Unamuno, Ortega, García Lorca han sido aceptados en determinados círculos intelectuales y poéticos; eso es todo. Ni un solo novelista de la América Latina o de España ha sido realmente popular en otros países, exceptuando la fugaz aceptación de Blanco Ibáñez, y últimamente de Ciro Alegría y de Mallea. Todo ello sin querer insistir en otros campos de la actividad cultural en los que el mundo his-



Nosotros y los Demás

pánico se encuentra de modo franco e irreparable —por lo menos actualmente— en una posición secundaria: las ciencias en general, no sólo las matemáticas —ya Feijóo insistía en que su atraso en España era fuente de graves males— sino incluso las más cercanas a nuestro espíritu humanista y artístico: sociología, derecho, psicología, carecen en España y en América Latina de una producción cuyo volumen e importancia pueda compararse al de muchos otros países del mundo occidental. No es que Cajal, por ejemplo, sea en España un caso aislado, un milagro irrepetible; es que los otros países producen tales milagros con mucha mayor frecuencia. Y sin querer hacer de la ciencia una expresión cultural nacionalista, es preciso confesar que los pueblos "científicos" ofrecen un panorama de creación más completo que los pueblos que carecen de tales aptitudes. El cine es testigo de otro de los grandes fracasos de nuestros pueblos: apenas si dos o tres películas mexicanas representan dignamente al cine en español frente al alud de excelentes producciones extranjeras. En cine, en ciencia, en literatura, la voz de los países de habla española no es escuchada, o lo es tan sólo a ratos. Ello no nos parece injusto por lo que al cine y a la ciencia se refiere, puesto que nunca hemos alardeado de superioridad en estos aspectos. Pero el olvido de nuestra literatura nos hiere ya vivamente; nos parece que hay en ello mucha injusticia, y que, en el fondo, ello se debe a razones extra-literarias, a motivos que nada tienen que ver con el mérito intrínseco de las obras de nuestros escritores.

La literatura contemporánea en español tiene que luchar contra una serie de factores económicos y sociales adversos. Número limitado de lectores; mercado exíguo en el extranjero, incluso en países afines (en la Argentina se publican diez veces más novelas contemporáneas norteamericanas que españolas); dificultad de mantenerse en el difícil equilibrio entre un localismo estrecho y la imitación desaforada de lo extraño. Las literaturas de vanguardia en español son una ejemplificación de la frase "demasiado poco, demasiado tarde": su vitalidad es escasa, aunque entre ellas se encuentran quizá los valores que más han influído en el extranjero —Gómez de la Serna, por ejemplo, ha sido muy bien acogido en algunos sectores de las letras francesas—.

Existe, indudablemente, un grave problema acerca de la universalidad de la literatura en español, tanto contemporánea como clásica. Guillermo de Torre, en un reciente artículo sobre Lope de Vega, precisa: "Extrémense en contra de la universalidad de la literatura castellana, con rigor inmisericorde —el único vecino de la lucidez, así como el entusiasmo apologético suele confundir los términos— cuantos argumentos se quiera, búsquense las comparaciones menos ventajosas, pero siempre habrá de reconocerse que en su vasto y desigual ámbito se yerguen soberbias, al menos, una docena de obras capitales —como la que pudiera contarse agrupando simplemente las *Coplas* de Jorge Manrique, *El Libro de Buen Amor*, *La Celestina*, *Lazarillo de Tormes*, *La Noche oscura del Alma*, *La hora de todos*, *La Dorotea*, *El Quijote*, *El Burlador de Sevilla*, la *Fábula de Polifemo y Galatea*, *El Criticón*, *La Vida es Sueño* —parejas de las más grandes que puedan encontrarse en cualquier idioma." ¿Acaso no podrían encontrarse tales obras en la literatura contemporánea en español? La falta de comprensión que en el mundo existe para con nuestra producción clásica débese no a deméritos de ésta sino a factores no literarios: falta de interés hacia una España no superficial ni turística, diferencias entre nuestro carácter y el de otros pueblos, condiciones políticas y sociales adversas, causas que han provocado un fenómeno de *distracción* por parte de los demás cada vez que era preciso conceder a España el mínimum de esfuerzo necesario para comprender sus problemas y su obra de creación.

Sabemos de sobra que la cultura española ha sido siempre desordenada e irregular; le ha faltado equilibrio y continuidad. Pero por ello mismo podrían encontrarse —y se han encontrado— muchas analogías entre el barroquismo de nuestros clásicos y nuestra época actual: dinamismo, sentimiento de la muerte, crítica de la actualidad política, dan a Quevedo o a Lope un perfil contemporáneo. Actualidad, también, de Góngora y de los "primitivos": Gil Vicente, Juan del Encina. Recordemos, una vez más, las palabras de Quevedo:

"Esta muerte que ha nacido a un tiempo con la vida" ¿No parecen escritas hoy?

Lo que ha faltado a España es el arte y la paciencia necesarios para ordenar sus riquezas, para exponerlas en vistoso escaparate. España, pueblo creador, ha carecido de críticos en la abundancia indispensable para poner sus tesoros al alcance de los extranjeros no hispanistas o simplemente de los no iniciados. A pesar de todo, el prodigio de los siglos XVI y XVII, desconocido o negado, sigue siendo prodigio ; y persiste la posibilidad de que se reproduzca en el pueblo español, ese pueblo, según ha dicho Pfandl, "sano en el fondo de su ser".

Manuel DURAN

ILUSTRACIONES

de

Ramón GAYA

Editorial B. COSTA AMIC, S. de R. L.